

Marcello Zago, o.m.i.

El hombre apostólico

DOCUMENTACIÓN - OMI
español Nº 180 marzo 1991

Este número de DOCUMENTACIÓN presenta un texto importante del P. General sobre El hombre apostólico. Este mensaje, en forma de carta, iba dirigido el pasado enero a los Oblatos en formación primera.

**“Queremos escoger hombres
que tengan la voluntad y el valor
de seguir las huellas de los apóstoles...
sin otra ganancia en la tierra
que muchas penalidades
y todo lo que el Salvador anunció
a sus verdaderos discípulos.”**

Eugenio de Mazenod

A los Oblatos en formación primera sobre el hombre apostólico

Queridos hermanos oblatos:

Mi última carta sobre la Comunidad oblata ha sido objeto de reflexión y de valoración por parte de muchos grupos y comunidades. Algunos me han afirmado que la carta refuerza los lazos y contribuye a profundizar en el carisma oblato.

Desde la fecha de aquella carta, 25 de enero de 1990, la Congregación ha vivido acontecimientos importantes. El encuentro intercapitular de los provinciales con la administración general en el mes de mayo ha manifestado la unidad de la Congregación y la voluntad de ser siempre más misioneros en el hoy del mundo. La presencia oblata se ha extendido a dos nuevos países con fundaciones en Nigeria (17 de febrero) y Corea (10 de mayo). Se fue también con "la familia del cielo" el P. Jean Drouart, oblatos auténtico y animador internacional del carisma oblato. En 1990 han hecho su consagración religiosa 157 novicios, 78 oblatos han hecho la oblación perpetua y 79 han recibido su primera obediencia.

En la carta de este año quiero detenerme con vosotros en otro aspecto de nuestro carisma, a saber, en la calidad de nuestro ser "misioneros". Para el Fundador los Oblatos deben ser "hombres que desean seguir las huellas de Jesucristo, su divino Maestro, para reconquistarle tantas almas". La relación con Cristo, como os recordaba en mi primera carta, es el fundamento, la fuente y el centro de toda nuestra vida personal, de nuestra actividad misionera y de nuestra vida comunitaria. No hay, y no puede haber, ni misionero, ni comunidad, ni misión sin una experiencia personal y continuamente renovada de Cristo, de su amor salvífico por nosotros y por la humanidad.

“En una palabra, hombres apostólicos”

La eficacia de la misión y la autenticidad de la comunidad dependen de la calidad de los misioneros. La interdependencia de estas tres realidades constituyó la intuición inicial del Fundador, que promovió y desarrolló durante toda su vida. Eugenio de Mazenod sintetizó las cualidades del oblato con la imagen evocadora de hombre apostólico. Ya en la primera carta al P. Tempier, escribía: “Lea esta carta al pie de su crucifijo, en la disposición de escuchar solamente a Dios... Queremos escoger hombres que tengan la voluntad y el valor de seguir las huellas de los apóstoles... sin otra ganancia en la tierra que muchas penalidades y todo lo que el Salvador anunció a sus verdaderos discípulos” (9 de octubre de 1815). Ante la humildad de su futuro compañero escribía dos meses después: “Si sólo se tratara de ir a predicar mal que bien la palabra de Dios, mezclada con mucho ingrediente humano, recorrer los campos con el propósito, si quiere, de ganar almas para Dios, sin poner gran empeño por ser uno mismo hombres interiores, hombres verdaderamente apostólicos, creo que no sería difícil reemplazarle; pero ¿puede creer que quiera de esta mercancía? Es preciso que seamos verdaderamente santos nosotros mismos” (13 de diciembre de 1815).

En la primera regla de 1818 el ideal del hombre apostólico es delineado con gran fuerza, y precisamente en los textos originales compuestos por el Fundador. En los diferentes casos los Apóstoles son evocados en relación con Jesús: “Su Fundador es Jesucristo, el mismo Hijo de Dios; sus primeros padres, los Apóstoles”. “Los misioneros deben, en cuanto lo permite la fragilidad humana, imitar en todo los ejemplos de Nuestro Señor Jesucristo, principal fundador de la Sociedad, y de los Apóstoles, nuestros primeros padres.”

El tema está principalmente desarrollado en el famoso *Nota Bene* de la Regla de 1818, convertido en Prefacio de la Regla de 1825 aprobada por el Papa León XII el 17 de febrero de 1826. En este Prefacio la expresión “hombres apostólicos” sintetiza las cualidades

de los misioneros: “Están convencidos de que, si se formasen sacerdotes inflamados de celo, desprendidos de todo interés, de sólida virtud, en una palabra: hombres apostólicos que, convencidos de la necesidad de su propia reforma, trabajasen con todas sus fuerzas por la conversión de los demás, se podría abrigar la esperanza de hacer volver en poco tiempo los pueblos descarriados a sus obligaciones largo tiempo olvidadas”.

“Hombres apostólicos” no era un ideal ético y operativo, sino evangélico, que, es decir, se inspira en el Evangelio y sigue la misma dinámica de Cristo, en quien la Buena Noticia se identifica con su persona. “¿Qué hizo, en realidad, nuestro Señor Jesucristo cuando quiso convertir el mundo?... ¿Qué han de hacer a su vez los hombres que desean seguir las huellas de Jesucristo, su divino Maestro, para reconquistarle tantas almas que han sacudido su yugo?” Responde a las dos preguntas indicando las cualidades de tales misioneros. El prefacio, por tanto, considerado siempre la *carta magna* de la identidad oblata, nos indica claramente qué clase de misioneros estamos llamados a ser.

El beato Eugenio ha vuelto constantemente en su vida sobre esta imagen para él tan querida y que resumía el ideal del oblato. Para el Fundador “hombres apostólicos” indica siempre no sólo el actuar sino también y sobre todo el ser del oblato, subraya la dimensión misionera y religiosa, describe en suma la unidad de vida del que debe seguir a Cristo para ser cooperador de su misión. En el plano del actuar, la expresión ha sufrido variaciones de significado, pero no en lo que se refiere al ser. Si “ser hombres apostólicos y seguir a los Apóstoles” en el orden del actuar durante los primeros veinticinco años significa anunciar a Jesucristo a aquellos que lo han olvidado y a partir de 1840 significa sobre todo anunciarlo por primera vez a los no cristianos, en el orden del ser indica siempre el empeño por la santidad, la práctica de los consejos, el seguimiento amoroso de Cristo hasta la identificación con él. Este “ser apóstoles” es la condición para “actuar como apóstoles”, para llevar frutos, para ser cooperadores auténticos de Cristo. Por eso incluso el que está

imposibilitado para la acción puede ser misionero plenamente. El hombre apostólico, como nos es presentado, incluye, por tanto, santidad y misión concebidas en una misma dinámica de vida, y como expresiones de la misma vocación.

Los testimonios del Fundador a través de su correspondencia son al respecto numerosos. Baste citar lo que escribía en sus memorias hacia 1845: “He dicho que mi intención, al consagrarme al ministerio de las misiones para trabajar sobre todo en la instrucción y conversión de las almas más abandonadas, había sido imitar el ejemplo de los Apóstoles en su vida de entrega y abnegación. Me había persuadido de que, para obtener los mismos resultados de nuestras predicaciones, había que seguir sus huellas y practicar, en cuanto estuviera en nosotros, las mismas virtudes”.

Cualidades del hombre apostólico

El Fundador no ha escrito un tratado sobre las cualidades y virtudes del oblat, aun cuando la Regla primitiva y sus cartas ocasionales insisten en algunas de ellas. El prefacio ya citado indica un trinomio significativo que caracteriza al hombre apostólico y en él se resume: “sacerdotes inflamados de celo, desprendidos de todo interés, de sólida virtud, en una palabra: hombres apostólicos”.

Inflamado de celo - Indica al misionero totalmente dedicado a la misión, lleno de dinamismo y de creatividad, ilusionado en su apostolado y sobre todo en el anuncio evangélico, inflamado en el fuego del amor divino por la humanidad.

En el prefacio hay rasgos que describen este celo: “trabajar con todas las fuerzas por la conversión de los demás”; “enviados a la conquista del mundo”; “entrar en la lid y luchar hasta la muerte”; “es importante y urgente hacer que vuelvan al redil tantas ovejas descarriadas, enseñar a los cristianos degenerados quién es Jesucristo, y, arrebatándolos al dominio de Satanás, mostrarles el camino del cielo. Hay que intentarlo todo para dilatar el reino de Cristo, destruir el

imperio del Mal, cerrar el paso a innumerables crímenes, difundir la estima y la práctica de todas las virtudes, llevar a los hombres a sentimientos humanos, luego cristianos, y ayudarles finalmente a hacerse santos”.

Estas expresiones de celo tienen una andadura de conquista, tienen horizontes y objetivos amplios, no parecen detenerse ante nada, expresan la voluntad de transformar el mundo. Así mismo con cierto realismo debido al escaso número del momento, escribía en la misma Regla de 1818: “su ambición debe abarcar, en sus santos deseos, la inmensa extensión de la tierra entera”. Tal celo brota de la caridad divina y debe expresarse en una caridad inagotable, como afirmaba a propósito del ministerio de la reconciliación: “Los misioneros acojan siempre a los pecadores con caridad inagotable; los animen... mostrándoles un corazón compasivo; los traten en una palabra, como ellos mismos querrían verse tratados si se hallaran en la misma triste situación”.

En 1826 escribía al P. Tempier que se encontraba con otros oblatos en una misión difícil: “Recomiéndeles que se porten como santos, como verdaderos apóstoles, uniendo a la predicación la modestia exterior, una gran caridad por los pecadores. Que se pueda juzgar por su estilo que no son predicadores ordinarios, que están verdaderamente animados de un celo que es propio de su santa vocación. Que no se olviden de sí mismos, si quieren ser verdaderamente útiles a los demás” (30 de marzo de 1826).

“Fuera, el celo”, con la caridad hacia los hermanos forma parte del testamento del Fundador, es la síntesis de su vida y de su enseñanza. Nace y se alimenta de la caridad de Cristo Salvador y del amor por los demás. “Su celo apostólico es sostenido por el don sin reserva de la propia oblación, oblación renovada sin cesar en las exigencias de su misión” (C. 2). Se renueva en la Eucaristía (cf. C. 33), es sostenido por la caridad fraterna (cf. C. 37), es fortalecido por el Espíritu (cf. C. 45).

Desprendido de todo interés – Indica otro aspecto del hombre apostólico llamado a superarse a sí mismo para centrar la propia vida en Cristo, dedicándola a la misión.

Varias expresiones del prefacio desarrollan el significado de esta exigencia del hombre apostólico: “convencidos de la necesidad de su propia reforma”, “deben renunciarse completamente a sí mismos... vivir en estado habitual de abnegación, y con el empeño constante de alcanzar la perfección... trabajar sin descanso por hacerse humildes, mansos, obedientes, amantes de la pobreza, penitentes y mortificados, despegados del mundo y de la familia, abrasados de celo, dispuestos a sacrificar bienes, talentos, descanso, la propia persona y vida por amor de Jesucristo, servicio de la Iglesia y santificación de sus hermanos”. La superación de sí está orientada y realizada a través de una triple finalidad y motivación: la gloria de Dios o el amor de Jesucristo, el servicio o el bien o el amor de la Iglesia, la salvación o la santificación de las almas.

Es un vasto programa de dominio de sí y de ascesis para no vivir ya para sí mismos, sino para Cristo colaborando en su misión. Es una vida que conlleva sacrificio y penitencia, como el Fundador no ha ocultado nunca a sus seguidores. Escribía en 1852 a dos misioneros del Oregón: “Habíais pedido con insistencia que se os enviara a las misiones extranjeras. No os esperabais sin duda llevar allí una vida fácil y placentera. Se sabe que estas clases de misiones crucifican la naturaleza y que hay que sufrir mucho. No tenía, pues, que extrañaros encontrar tantas penalidades; eso es lo que excita el celo y el fervor de todos los que piden ser preferidos” (A los hermanos Surel y Janin, 11 de marzo de 1852). A menudo expresaba admiración y compasión por sus oblatos inmersos en las dificultades de las misiones.

Estas virtudes describen el camino que Cristo y los Apóstoles han seguido para realizar la salvación del mundo. “Como los obreros evangélicos no cosecharán jamás frutos abundantes de sus trabajos si no tienen en gran estima los sufrimientos de muerte de Jesús, y no los llevan como de continuo en el propio cuerpo, los miembros de

nuestra Sociedad se aplicarán con empeño a reprimir sus pasiones y a renunciar en todo a su propia voluntad; y, a imitación del Apóstol, se gloriarán en las flaquezas, en las injurias, en las persecuciones, en las angustias sufridas por Cristo” (Regla de 1826).

De sólida virtud - Es la tercera característica del hombre apostólico indicada por el Fundador; en ella podemos entrever el empeño constante por la santidad para llegar a ser otros Jesucristo.

Aun cuando no se puede separar de lo que ha estado descrito como superación de sí, en esta expresión se puede vislumbrar el camino positivo hacia la santidad. Esto se evoca en el prefacio con frases como: “Deben trabajar seriamente por ser santos, y caminar resueltamente por los senderos que recorrieron tantos obreros evangélicos, que nos dejaron tan buenos ejemplos de virtud en el ejercicio del mismo ministerio al que ellos se sienten llamados”, “renovarse sin cesar en el espíritu de su vocación”. En la Regla primitiva el Fundador señalando el compromiso de imitar en todo los ejemplos de Nuestro Señor Jesucristo, principal fundador de nuestra sociedad, y de los Apóstoles nuestros primeros padres, concluía diciendo: “Pero, tanto en la misión como en el interior de la casa, pondrán su principal empeño en avanzar por el camino de la perfección eclesiástica y religiosa... en una palabra, procurarán hacerse otros Jesucristo, exhalando doquiera el aroma de sus amables virtudes” (Regla de 1818).

La práctica de los consejos evangélicos le abría el camino real hacia la santidad. A un sacerdote de la diócesis de Digne, deseoso de hacerse oblat, el P. de Mazenod escribía: “El misionero estando llamado propiamente al ministerio apostólico debe tender a la perfección. El Señor le destina a renovar entre sus contemporáneos las maravillas en otro tiempo realizadas por los primeros predicadores del evangelio. Debe, pues, seguir sus huellas, firmemente persuadido de que los milagros que ha de hacer no son un efecto de su elocuencia, sino de la gracia del Todopoderoso que se comunicará por él con tanta más abundancia cuanto más virtuoso sea, más humilde, más santo para decirlo todo en una palabra; debe, por tanto,

intentarlo todo para llegar a esta santidad deseable que ha de producir tan grandes efectos. Lo que hemos encontrado más apropiado para ayudarnos a llegar a ella, es ajustarnos lo más que podamos a los consejos evangélicos, observados fielmente por todos los que han sido destinados por Jesucristo a la gran obra de la redención de las almas” (Carta a Viguier, 6 de enero de 1819; cf. “Memorias del Fundador” en *Selección de textos*, nº 16, pág. 20).

Un programa de ascesis y de mística

El Fundador trazaba para sus oblatos un programa conciso y vinculante de ascesis y de mística. Insistía ciertamente en la ascesis, es decir, en el trabajo que cada uno debe hacer para hacerse disponible a la gracia de Dios, superándose a sí mismo, llegando a ser “desprendido”, desarrollando las virtudes correspondientes. Romano Guardini escribía que debemos “convencernos de que nunca nada se ha hecho grande sin ascesis” (en *Il Potere*, 1963, pág. 151). Sin el dominio de sí, sin el esfuerzo cotidiano, sin disciplina, el hombre no alcanza la madurez y no consigue realizar algo válido y grande. Esto es cierto sobre todo en el campo espiritual y en la actividad misionera. Para hacerse y ser hombres apostólicos necesitamos una disciplina personal, un programa regularmente puesto a punto y evaluado. Las *Constituciones y Reglas* nos dan suficientes indicaciones sobre cómo organizar nuestra vida. Para no engañarnos y no perder la tensión necesaria debemos confrontarnos regularmente con el superior y la comunidad y en particular con el director espiritual, y en el apostolado debemos también confrontarnos con nuestros colaboradores, laicos incluidos.

Pero el objetivo final y la fuente del hombre apostólico es de índole mística, experiencial. Se dedica toda la propia vida por amor a Jesucristo, en respuesta a su amor siempre preveniente. Como el Fundador escribía en la última edición de la Regla: “El que quiera ser

de los nuestros; deberá arder en deseos de la propia perfección, estar inflamado en amor a Nuestro Señor Jesucristo y a su Iglesia, y en celo ardiente por la salvación de las almas" (Regla de 1853).

El beato Eugenio vivió el aspecto místico desde la experiencia del Viernes Santo, pero basándose en la propia experiencia insistió más en las exigencias ascéticas. El empeño cotidiano y la superación de las numerosas pruebas le han permitido crecer en el amor a Cristo y testimoniarlo. Propuso a los suyos el mismo itinerario.

¿Utopía o realidad?

¿Idealismo vacío o proyecto catalizador?

Un ideal vale en la medida en que puede transformarse en realidad. Una Regla cuenta en la medida en que forma a hombres auténticos inspirados por ella. Es normal, por tanto, preguntarse si el ideal del hombre apostólico delineado por el Fundador se ha hecho realidad en la Congregación. Estoy convencido de que la respuesta positiva a la pregunta no es ni retórica ni apologética. La Congregación ha dado a la Iglesia muchos hombres apostólicos según el corazón del beato Eugenio, aunque no han faltado ni faltan los desechos.

Si miramos a la historia, tantas empresas misioneras no hubieran sido posibles sin hombres apostólicos llenos de celo, desprendidos de todo interés, de sólida virtud. Las misiones del Gran Norte, de África del Sur, Tejas, Laos, etc., han requerido celo sin límites, capacidad ilimitada de aceptación de inmensos sacrificios, sólidas virtudes. Entre los muchos misioneros sobresalen algunos hombres apostólicos ejemplares. Baste pensar en el Padre Gérard, cuya reciente beatificación nos lo ha hecho conocer mejor.

La fidelidad y el heroísmo han caracterizado vidas enteras de oblatos, aun cuando no han terminado con el martirio. Y los oblatos fieles hasta dar la propia sangre no faltaron tampoco. Para limitarnos

a los últimos cincuenta años, recordaré a los treinta oblatos polacos asesinados, entre ellos el P. Wrodczyk que, en Ucrania, el 8 de diciembre de 1943, fue coronado con alambre de púas y después crucificado. En España, durante la guerra civil, fueron fusilados veinticuatro. He conocido personalmente a los siete oblatos que han dado de modo cruento su vida en Laos. Cada uno de ellos conocía el peligro posible, pero se mantuvieron fieles en el puesto. Entre ellos sobresale el P. Borzaga, el primero en ser asesinado, en 1960, con su catequista kmong, en el Laos septentrional, durante una visita misionera. He podido constatar la misma fidelidad estos últimos años en Sri Lanka, donde fue asesinado en 1987, el P. Michael Rodrigo. La muerte del P. Lefebvre en Bolivia en 1971 testimonia la misma fidelidad. Sí, los ejemplos de hombres apostólicos son numerosos en la Congregación.

Y las misiones difíciles no han terminado. Pienso en Madagascar, donde la mayor parte del año los oblatos polacos caminan a través de las montañas para llegar a los pueblos que se abren al Evangelio. En otras partes, como en Perú, en Sudáfrica, en Sri Lanka, las dificultades vienen de la guerrilla que pone en peligro sus vidas. En muchos otros países son la inestabilidad política y la miseria de la gente que hacen difícil y heroica la presencia misionera entre los más pobres. Por esto las visitas despiertan en mí admiración, y son estímulo para mi mayor entrega al Señor y a la Congregación.

Pero el heroísmo no viene sólo de la superación de las situaciones sociales objetivas. La superación de las pruebas personales, la fidelidad a los propios compromisos religiosos y cristianos, el don constante de sí en la cotidianidad de la vida, la aceptación del fracaso y del sufrimiento forjan y revelan a menudo hombres apostólicos auténticos.

Ciertamente me doy cuenta de que a veces estamos lejos del ideal soñado por el Fundador. En algunos casos falta el celo y algún oblato me parece funcionario de lo sagrado con una vida más cómoda que la de la gente a quien sirve. La mediocridad, que nace de la pérdida de

ideales y del debilitarse el empeño por crecer en el Señor, es una tentación real a la que todos podemos sucumbir. Por tanto, aun hoy como en tiempos del beato Eugenio, el mayor desafío es vivir el carisma oblato en su integralidad y en particular comprometernos constantemente a ser hombres apostólicos, inflamados de celo, desprendidos de todo interés, de sólida virtud, en una palabra, santos.

Formación del hombre apostólico

El Fundador se ha preocupado siempre de que se formasen auténticos hombres apostólicos. Para esto visitaba las casas de formación y estaba en contacto constante con los formadores. La elección del P. Tempier para esta tarea y las numerosas cartas a los formadores lo confirman. Los candidatos deben tener la voluntad y el valor de seguir las huellas de los Apóstoles (cf. Cartas del 12 de noviembre de 1840 al P. Vincens, y del 9 de octubre de 1815 al P. Tempier).

En las nuevas *Constituciones* la formación se presenta en perspectiva mazedoniana y ejemplarmente en consonancia con los documentos recientes de la Santa Sede. Los cinco primeros artículos (CC. 45-49) indican las grandes líneas, remitiendo a los mismo símbolos y valores del Fundador, como Jesús con los Apóstoles, el hombre apostólico, la comunidad apostólica formativa, el empeño constante, la responsabilidad mutua. El hombre apostólico que hay que formar sigue siendo la perspectiva de toda esta segunda parte de las *Constituciones*.

Para ser misioneros en el hoy del mundo las exigencias del hombre apostólico indicadas por el beato Eugenio siguen siendo siempre válidas y fundamentales. La formación debe, por tanto, potenciarlas como la centralidad de Cristo, la unidad de vida, el celo, el desprendimiento y la capacidad de sacrificio, la voluntad de hacerse santos.

Emergen, sin embargo, también otras exigencias para ser hombres apostólicos en el mundo moderno caracterizado por mutaciones rápidas y por la secularización. Indico algunas de ellas:

- la integralidad de los varios aspectos del hombre apostólico, como la dimensión humana incluido el equilibrio psicológico, la dimensión cristiana, religiosa, misionera. La formación humana es de extrema importancia para el equilibrio personal, la vida comunitaria y la acción apostólica. Las cualidades humanas son condición esencial para el hombre apostólico. Un crecimiento armónico y equilibrado sólo se puede tener en la identidad de la propia vocación y el modelo de tal crecimiento es siempre Cristo, Verbo encarnado, muerto y glorificado;

- la capacidad de distinguir lo esencial de lo periférico o accidental, asumiendo y construyendo en lo esencial y conservando adaptabilidad y flexibilidad para lo que es secundario. Así se puede realizar la inculturación que es una exigencia apostólica universal;

- la capacidad de discernimiento y de diálogo. El discernimiento es fruto de madurez cultural, humana, espiritual; madurez que se concede normalmente sólo a hombres libres interiormente, abiertos al propio tiempo y firmemente anclados en Cristo y en su Iglesia. El diálogo supone una actitud positiva no sólo sobre la historia y sobre las personas, sino también sobre la presencia activa del Espíritu en ellas. Nace y crece en un amor auténtico por la humanidad en sus exigencias de salvación;

- la transparencia de un testimonio auténtico a nivel personal y comunitario. Se hace más necesaria por la frecuente caída de las barreras institucionales y formales, como el hábito, la clase clerical y por la indiferencia de la gente;

- la capacidad de comunión sobre todo con los propios hermanos en la comunidad, con los colaboradores religiosos y laicos en la misión, con los diferentes carismas eclesiales y en particular con los pastores;

- la creatividad misionera para ir a los lejanos, para encontrar caminos y estructuras de enganche, sin esperar a que vengan a nosotros;

- la solidaridad universal y el compromiso por la justicia que son expresiones creíbles de coparticipación humana y exigencias evangélicas;

- la perseverancia en el don de sí en un mundo cambiante y que invita al cambio. Exige la capacidad de ser fiel incluso en el sufrimiento hasta el martirio si fuera necesario, como el beato Eugenio afirma en el prefacio. El mayor desafío para el oblatos en el mundo moderno es la fortaleza en el sufrimiento y la constancia en las dificultades.

“Como peregrinos caminamos con Jesús”

El Fundador usa con frecuencia un verbo que creo significativo para nuestra espiritualidad. Es el verbo seguir. En el prefacio habla de “seguir las huellas de Jesucristo, su divino Maestro”. En las cartas repite a menudo que es preciso “seguir las huellas de los Apóstoles” (cf. a Tempier, 9 de oct. de 1815; a Vincens, 12 de nov. de 1840; a Semeria, 25 de ene. de 1848; a Dorey, 15 de oct. de 1848; a Viguier, 6 de ene. de 1819; a Mouchette, 5 de agosto de 1860; o “seguir las huellas de Cristo y de los Apóstoles (a Courtès, 4 de nov. de 1831).

En las nuevas Constituciones este verbo-símbolo se usa frecuentemente. Se habla de seguir las huellas de Cristo (cf. CC. 19, 31) o de

seguir las huellas de los Apóstoles (cf. C. 45), de seguir a Jesús o su ejemplo (cf. CC. 1, 2, 12, 19, 20, 52). Otros verbos semejantes son “acompañar” (cf. CC. 51, 55), “crecer” (cf. CC. 46, 47, 50, 56, 59).

El verbo seguir evoca al menos seis aspectos de nuestra espiritualidad.

1. Indica ante todo nuestra relación con Cristo, nuestra compañía constante con él. Tal relación con Cristo no es estática, sino dinámica. Cristo nos precede continuamente, nos abre el camino, no nos deja nunca estancados. Nos da confianza y nos impulsa a un tiempo. Hace pensar en la afirmación de la carta a los Hebreos: “Fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe, Jesús, corramos en la carrera que nos toca, sin retirarnos” (cf. Heb 12, 1b-2).

2. Nos vincula a la comunidad primitiva, la de Cristo con los Apóstoles, y la de los primeros cristianos que eran un corazón solo y un alma sola. Ellos personifican el ideal cristiano, que se quiere realizar compartiendo la misma misión y la misma vida, llegando a ser otros Cristo...

3. Evoca la relación con la Iglesia de la que los Apóstoles son las columnas y los primeros padres. A través de ellos somos insertados en la Iglesia universal y apostólica, en la Iglesia viva que está siempre en camino y en la que debemos caminar y crecer (*Christi Redemptoris missio*, nº 11).

4. Recuerda nuestra dimensión comunitaria. Seguimos a Jesús juntos y juntos somos enviados por él: “La comunidad de los Apóstoles con Jesús es el modelo de su vida” (C. 3). No se puede ser hombres apostólicos a solas, como francotiradores, en solitario. Los Apóstoles formaron siempre un grupo, un colegio, incluso en la dispersión misionera. La ayuda mutua y la corresponsabilidad para llegar a ser cada vez más hombres apostólicos (cf. CC. 29, 39, 48, 49) son características del nuestro vivir.

5. Indica que nuestra vida debe ser un crecer constante, una formación permanente, un empeño de santidad. Ninguna etapa (formación primera, oblación perpetua, sacerdocio, edad de jubilación) debe hacer de nosotros gente acabada, instalada, inmóvil, incapaz de cambiar de lugar o de mentalidad. El oblato es un hombre siempre en camino, disponible a las nuevas llamadas.

6. Dice relación con la misión que es siempre un envío por parte del Señor y de la Iglesia que es siempre un ir para encontrarse con los lejanos, los que están fuera, los pobres. Es interesante notar cómo el verbo "enviar" vuelve a menudo en las cartas del Fundador. El caminar con Jesús siguiendo las huellas de los Apóstoles indica el deber y el ansia por llegar a otros pueblos, a otras personas (cf. Lc 4, 43), a otras culturas, a otras situaciones, porque el "Reino de Dios está cerca". De ahí también la tensión existente entre misión interior y exterior, entre evangelizar a los lejanos y a los no cristianos, que en la vida del Fundador y en la historia de la Congregación ha conocido un crescendo.

María compañera y formadora de los Apóstoles

El Nuevo testamento nos presenta a María en una relación especial con los Apóstoles en momentos decisivos de su formación. Baste pensar en las bodas de Caná (Jn 2, 1-11), en el calvario (Jn 19, 25-27), en el cenáculo (Hch 1, 12-15). "La formación tiene como objetivo - dice la constitución 46 - el crecimiento del hombre apostólico animado por el carisma oblato; hombre que, inspirándose en el ejemplo de María, vive con fidelidad siempre creadora su compromiso con Jesucristo y se pone totalmente al servicio de la Iglesia y del Reino."

El Fundador en los comienzos de la Congregación escribía al P. Tempier que se ocupaba del grupo de escolásticos que vivían en la única casa de Aix: "Todas sus acciones deben hacerse en la disposición en que estaban los apóstoles cuando estaban en el cenáculo esperando que viniera el Espíritu Santo abrasándolos de su amor a

darles la señal de volar a la conquista del mundo” (4 de nov. de 1817). Y en el cenáculo, con los Apóstoles, estaba María. Y en los senderos del mundo el hombre apostólico encontrará siempre en María la compañera, el modelo y la madre, a quien encomiendo ^a cada uno de vosotros y toda la Congregación.

P. Marcello Zago, o.m.i.
Superior general

Roma, 25 de enero de 1991

**Documentación - OMI es una publicación no oficial
de la Administración general de los Misioneros Oblatos
de María Inmaculada,
C.P. 9061, 00100 Roma-Aurelio, Italia.**

**“Los misioneros deben,
en cuanto lo permite la fragilidad humana,
imitar en todo los ejemplos de
Nuestro Señor Jesucristo,
principal fundador de la Sociedad,
y de los Apóstoles,
nuestros primeros padres.”**

Eugenio de Mazenod